

Octavio Paz y el Encuentro Vuelta

por **Ángel Jaramillo Torres**

En 1990, intelectuales con distintas ideas y nacionalidades convergieron en el nutrido debate organizado por la revista *Vuelta*. Este acontecimiento, sin parangón, permitió aquilatar el mundo recién inaugurado por la caída del Muro de Berlín y convirtió a México en un centro de discusión cultural de alto nivel.

El año del señor de 2010, un amigo me dejó en su auto en Checkpoint Charlie, después de que yo le hubiera dicho que ahí quería empezar mi periplo por Berlín.

Para entonces el muro era una reliquia y la gente caminaba del este al oeste de la ciudad, como siempre lo hubiera dictado la naturaleza humana. Recorrí Berlín Este que todavía tenía un aire no sé si llamar soviético en su arquitectura. Pensé que el sepia le quedaba mejor a sus edificios masivos.

Fue en esta frontera, que desde 1961 dividió dos formas de entender al *Homo sapiens*, que el 9 de noviembre de 1989 miles de alemanes orientales, al escuchar que podían cruzar "de inmediato", se dirigieron esa misma noche a los puntos de control fronterizo, especialmente en Bornholmer Straße. Pasadas las 11 de la noche, el oficial al mando del puesto, Harald Jäger, tomó la decisión unilateral de abrir las barreras para evitar una tragedia. Fue el comienzo del fin y el fin del comienzo.

¿Qué terminaba y empezaba con el derrumbe del Muro de Berlín? El pasado de una ilusión –François Furet *dixit*– tenía su origen, en el plano ideológico, en la odisea intelectual de Karl Marx y, en el plano geopolítico, en la constitución de la Unión Soviética en octubre de 1917. Esos dos años –1917 y 1989– marcan lo que se puede llamar el corto siglo XX.

La gran utopía comunista fue un sueño muy poderoso que pretendía abolir la enemistad fundamental entre los hombres. Estaba revestida, además, no de un lenguaje propiamente teológico, sino de una nueva ciencia humana capaz de explicar por qué la armonía entre los seres humanos era inevitable. Ante lo que Walter Benjamin denominó el "Ángel de la Historia" –el recuento de los horrores hechos por los hombres– ¿quién entre nosotros no podría estar tentado a darle la bienvenida a una visión donde todos los contrarios están reconciliados? La realidad, sin embargo, apuntó hacia otra dirección. ¿No fue acaso Guillermo Cabrera Infante quien resumió todo con una frase poética: toda utopía termina en Etiopía?

Sin embargo, la elocuencia de la sentencia del escritor cubano ocultaba atrocidades que el nombre Etiopía no podría evocar tan fácilmente. Hoy conocemos esos vocablos de la distopía: el gulag, el psijushka, la sharashka, la kátorga. Infiernos en la tierra.

Octavio Paz suena la alarma

La ilusión fue bien recibida por la mayoría de los intelectuales latinoamericanos. Los murales de Diego Rivera, la poesía de Pablo Neruda, las novelas de Gabriel García

Márquez e incluso –hay que decirlo– los ensayos de Carlos Fuentes están transfigurados por las pasiones que promovió la Revolución bolchevique. Octavio Paz tampoco fue inmune a la tentación comunista, como él mismo reconoció en muchos ensayos y poemas. Pero todo comenzó a cambiar relativamente rápido. Si su presencia en Valencia fue una primera advertencia, su recepción crítica de los tratados Ribbentrop-Mólotov, su lectura de los viajes de André Gide y posteriormente los relatos de Solzhenitsyn convencieron a Paz de que el experimento soviético conducía más bien a una situación de despotismo mucho más radical de lo que se pensaba.

En el capítulo de su libro *Tiempo nublado* dedicado a examinar la Unión Soviética, Paz convoca a una serie de pensadores e intelectuales –de Leszek Kołakowski a Czesław Miłosz, de Cornelius Castoriadis a Hélène Carrère D'Encausse, de Hannah Arendt a Claude Lefort– que realizaron el diagnóstico del gran experimento fallido del siglo xx. Paz puso énfasis en un aspecto digamos weberiano: el carácter burocrático del régimen soviético. Como quiera que sea, concluyó que lo que había faltado en el mundo, pero sobre todo en América Latina, era la gran crítica al marxismo y a su encarnación concreta.

El Encuentro Vuelta

Se puede considerar a 1990 un *annus mirabilis* para Octavio Paz: ese año recibió el Premio Nobel de Literatura y organizó el Encuentro Vuelta en la Ciudad de México. El premio lo consagró como el mexicano más ilustre en ese momento. Lo segundo trajo a México y a América Latina el gran debate sobre el mundo en la forma de una serie de mesas de discusión. La importancia de ese evento intelectual suele no ser aquilatada con el peso que merece.

Lo primero a lo que hay que referirse es lo extraño que resultaba para los términos de la conversación intelectual en México que un grupo de disidentes e intelectuales de la Unión Soviética y la Europa del Este estuvieran hablando en ruso, francés e inglés ante las cámaras de Televisa sobre las realidades del comunismo efectivamente existente. Por primera vez muchos en el orbe hispano se enteraron de los graves problemas económicos, políticos y culturales que enfrentaban las sociedades al este de la Cortina de Hierro, en la famosa formulación de Winston Churchill.

Por una especie de ley de Gresham de la opinión pública, el Encuentro Vuelta se hizo famoso por la polémica entre Mario Vargas Llosa y Octavio Paz sobre la naturaleza del régimen político mexicano. Si la expresión "la dictadura perfecta" pudiera registrarse comercialmente, Vargas Llosa habría abultado su cuenta de manera exponencial. Pero lo crucial del Encuentro Vuelta fue el alto nivel intelectual de los invitados y los términos de su debate. Cada quien podría hacer un balance de las ideas discutidas. A continuación, me referiré a lo que a mí me pareció significativo.

El filósofo y escritor húngaro Ferenc Fehér –también el esposo en ese momento de otra invitada ilustre, Ágnes Heller– habló del arribo de lo que él consideraba el "intelectual posmaquiavélico". Se refería, desde luego, a intelectuales que provenían del mundo de la sociedad civil –en particular de las artes– como Václav Havel o Adam Michnik y que estaban poniendo en jaque a los regímenes autoritarios en los países del Pacto de Varsovia.

Por posmaquiavelismo, Fehér entendía un tipo de relación con la verdad por parte de los nuevos intelectuales que no se fundamentara necesariamente en una política del "fin justifica los medios" o en la demagogia decadente de los comisarios comunistas. Visto a la distancia, se entiende el entusiasmo del pensador húngaro por aquellos intelectuales que otorgaban gran valor a la verdad. Nuestra época de demagogia exacerbada y cálculo de la razón instrumental no parece dejar mucho espacio para albergar demasiadas ilusiones.

Muchos tienden a pensar que el Encuentro Vuelta fue una especie de celebración de fin de la historia a la Fukuyama. Nada más alejado de la realidad. Debemos entender el momento en que se celebró. Aunque ya había caído el Muro de Berlín, la Unión Soviética aún se mantenía como imperio y su destino final no se podía augurar. En varias mesas se discutía la pertinencia y los desafíos de las dos reformas propuestas por el líder soviético Mijaíl Gorbachov: la perestroika y la glásnost, aunque con mayor énfasis en la primera. Creo que fue un acierto por parte de Octavio Paz y los otros organizadores del encuentro haber invitado a intelectuales y pensadores de la izquierda mexicana. Fueron Adolfo Sánchez Vázquez y Arnaldo Córdova quienes pidieron darle una oportunidad a la perestroika. No estaban solos: otros invitados soviéticos pensaron que había futuro para una Unión Soviética posperestroika. No obstante, hay que decirlo, los argumentos esgrimidos por la mayoría fueron devastadores contra el proyecto marxista-leninista. No solo el comunismo realmente existente constituyó un fracaso ético de enormes proporciones, sino que tampoco pudo solucionar los problemas económicos en los lugares donde se estaba aplicando. El desmoronamiento de la Unión Soviética poco después les dio la razón. Nadie entre los presentes, sin embargo, podría saber lo que sobrevendría: el fracaso de las reformas liberales de Yeltsin y la conversión de Rusia en un régimen agresivo en lo internacional y despótico en lo interno, pero esta vez no fundado en las ilusiones comunistas sino en la idea de una Tercera Moscú de todas las ortodoxias.

Si muchos pronosticaron acertadamente el eclipse comunista, otros integrantes de los paneles hablaron del futuro de Europa y de la civilización occidental. Había que regresar al gran proyecto de edificar la Gran Casa Europea. En 1992, dos años después del encuentro, se suscribió el Tratado de Maastricht, pilar fundamental de la actual Unión Europea. Para lo que tampoco había Casandras era para ver los colosales problemas que enfrenta ahora el llamado viejo

continente: el desafío del islam dentro de sus fronteras, la crisis en materia de innovación tecnológica, el arribo de la derecha radical, la necesidad de incrementar el gasto en seguridad frente a la amenaza de Moscú.

Al estar en México, una discusión sobre el destino de América Latina no podía pasarse por alto. El énfasis, sin embargo, se puso –adecuadamente, desde mi punto de vista– en los fracasos de la izquierda a la hora de sacar a las sociedades de su marasmo esencial y en la responsabilidad de los intelectuales latinoamericanos por no haber criticado lo suficiente al comunismo realmente existente. Aquello había sido una ceguera esencial.

Para el catador de personalidades, el encuentro fue también un muestrario de viejos y jóvenes pensadores de alto calibre, algunos de los cuales tuve años después la oportunidad de conocer, como Ágnes Heller, Adam Michnik y Michael Ignatieff. Fallecida en julio de 2019 a los noventa años de edad en Balatonalmádi, Hungría, Heller fue mi maestra en varios cursos en la New School for Social Research, y de Adam Michnik tengo muy presente el lugar donde lo entrevisté: una Cracovia que en 2001 ya abrazaba el valiente mundo nuevo de la economía de mercado y la pluralidad política, al menos por unos lustros. De Ignatieff, uno de los invitados más jóvenes del Encuentro Vuelta, recuerdo claramente el análisis geopolítico inteligente y audaz que hizo sobre la historia moderna de Europa, una participación que claramente impresionó a Octavio Paz. Varios años después, Ignatieff intentaría convertirse en primer ministro de Canadá. Como antes que él Mario Vargas Llosa, Ignatieff fracasó en su intento de dirigir un país, dándole quizás la razón a Platón.

Otro de los jóvenes intelectuales presentes fue el filósofo alemán Peter Sloterdijk, quien años después se convertiría en una figura mediática en su país, en parte por la vasta polémica que tuvo con los seguidores de Jürgen Habermas sobre la índole de la biotecnología. En el centro de ella se encuentra el misterio del ser humano.

Uno de los grandes amigos griegos de Octavio Paz, Cornelius Castoriadis, quiso tocar una nota en clave menor cuando sugirió que había correspondencias entre la economía de mercado y el culto a la madona. Me parece que Paz fue acertado en su crítica cuando le recordó que la democracia directa no podía aplicarse con éxito en sociedades modernas. Del lado español, recuerdo a Jorge Semprún, un intelectual de alto calibre, pero también un hombre pragmático, que entendía la alta política porque la había practicado. Sus comentarios durante el encuentro fueron siempre lúcidos y penetrantes. Otro español distinguido pero habitante por mucho tiempo en la Ciudad de México fue Juan María Alponte, que se autodefinía como budista y que fue de los intelectuales que anticipó con lucidez en periódicos y revistas qué tan profunda era la crisis en los espacios soviéticos.

En una de las mesas filosóficamente más penetrantes, hubo un debate que pudo haber pasado desapercibido pero que puede tener resonancias actuales. Fundamentalmente lo escenificaron el intelectual italiano Lucio Colletti y el filósofo venezolano y mexicano Alejandro Rossi, derivado de una provocación de Semprún. La cuestión que se discutió fue si había una relación en la tradición filosófica alemana y el arribo del nacionalsocialismo en Europa. En otras palabras, si había que culpar a Hegel, Nietzsche o Heidegger por el arribo de Hitler. Por alguna razón, Colletti había incluido a Wittgenstein como un sospechoso del pensamiento totalitario. Con autoridad, Rossi defendió al gran filósofo austriaco contra tal acusación. Para el oriundo de Florencia, el pensamiento de Wittgenstein era uno que promovía la libertad en su sentido más amplio. La misma acusación se lanzó en esa mesa contra György Lukács, el filósofo marxista húngaro, por su ascendencia ideológica del marxismo y de los espacios concentracionarios europeos. Habría sido provechoso haber tenido en esa discusión a Ágnes Heller, alumna adelantada de Lukács.

En esa misma mesa estaba Carlos Monsiváis, quien no se metió realmente a discutir sobre las alturas intelectuales de los filósofos asociados o no a los totalitarismos. Su interés era más local: asignar mayor responsabilidad a la derecha mexicana que a la izquierda en la tragedia educativa en México. No sé si fue exitoso en su cometido pero ciertamente su figura se vio muy modesta frente a las grandes discusiones sobre la responsabilidad política de los filósofos.

El siglo XXI trajo un panorama que difícilmente habrían podido pronosticar los asistentes al Encuentro Vuelta. De haberlo sabido, la invitación de intelectuales de China y la India habría sido fundamental, sobre todo a la luz del surgimiento del Dragón Rojo con capital en Pekín. También habría sido una obligación haber invitado a intelectuales y pensadores del Medio Oriente, si tomamos en cuenta que, el 11 de septiembre de 2001, el terrorismo islámico inauguró el nuevo siglo.

Para los que seguimos el Encuentro Vuelta en las pantallas de televisión, el liderazgo intelectual de Octavio Paz a nivel mundial fue claro para quien quisiera verlo. Era evidente el respeto que se había ganado por parte de varios gigantes de la escena del pensamiento mundial. Es posible que no haya existido algo parecido en toda la historia de México. Si es así, el caso de Octavio Paz es único. Su carácter de pensador global me pareció notable cuando, al final de la última mesa, listó el caso de disidentes y escritores del mundo soviético que habían sido soslayados incluso por los intelectuales al este de la Cortina de Hierro.

Hay que celebrar que alguien como Octavio Paz haya puesto a México en el panorama del pensamiento mundial con la organización del Encuentro Vuelta. ~

ÁNGEL JARAMILLO TORRES es doctor en ciencia política por la New School for Social Research en Nueva York. Este año, Aguilar publicó su libro *Donald Trump y la rebelión en la granja. La ideología política detrás de la "nueva derecha" norteamericana*.